

Abades eméritos

Breve introducción al tema *Abad Presidente Jeremias Schröder OSB*

Cuando el Secretario me pidió que me responsabilizara de este taller pensé que no planteaba ningún problema, que era una cosa fácil. Mientras escribía esta pequeña introducción me di cuenta rápidamente de que en mi comunidad nunca hemos tenido un abad emérito que viviera realmente en el monasterio. Por eso, lo que yo pueda decir está pensado principalmente desde la perspectiva de un abad presidente y desde la perspectiva de alguien cuyo servicio abacial terminará antes o después. También escribo desde la perspectiva de alguien que vive en inmediata cercanía con su sucesor, el nuevo archiabado de Santa Otilia.

Para comenzar, quisiera esbozar una breve tipología. Puede que algunas características ya les suenen o puede que no. Cada congregación puede y debe tener su propio carácter e identidad. Si encuentran algún parecido con personas que todavía viven, estoy seguro que es una ilusión que deben rechazar de sus mentes.

El abuelo feliz: Es el emérito de libro. Es modesto y sabio, discreto y digno de confianza. Cualquier tarea que se le encomiende la lleva a cabo y no hace peticiones fuera de lo común. Es útil en la biblioteca, en el archivo, en la revista del monasterio. Muchos buscan su consejo en el locutorio. Los hermanos están contentos de tenerle en casa y se confían con él. Además, nunca ha habido el menor signo de deslealtad con su sucesor. Al contrario, sabe lo que significa asumir responsabilidades y se alegra de haber podido pasar el fardo a otro que estaba preparado para ello. Si san Benito hubiera escrito un capítulo sobre el abad emérito, lo habría escrito en esta línea.

El gigante humilde: Ha terminado su abadiato en el momento oportuno tomando una decisión libre y muy meditada sin que nadie le haya presionado en ese sentido. Ha abandonado títulos e insignias y ha vuelto a su antiguo lugar de profesión, colocándose bajo la autoridad de su sucesor y obediéndole en todo momento. Si se le pregunta, da muy buenos consejos. Si no se le pregunta, permanece en silencio, sin rastro de amargura. Le gustaría pasar desapercibido, pero es tan impresionante que es imposible no fijarse en él a pesar de toda su humildad.

El desplazado con amargura: Su abadiato no fue afortunado en general y terminó en un “baño de sangre” que dejó en todos un regusto triste. En su caso, el descanso sabático de unos meses se ha convertido en un exilio voluntario y duradero, ya sea en un monasterio femenino o en una parroquia o algo similar. Visto desde fuera, conserva un mínimo de educado contacto con la comunidad. Pero la reconciliación, ya sea con la comunidad o consigo mismo y sus heridas, no es algo para lo que esté preparado de momento.

El estratega: El retiro estaba perfectamente planificado. Una pequeña casa dependiente u otra comunidad amiga estaban disponibles como lugares de retiro. ¡Todo iba a salir tan bien! Pero se pregunta ahora si una estancia de muchos años en otra comunidad no es algo muy distinto de una visita de vez en cuando. También se pregunta si el tratamiento que se da a un prelado de visita se lo van a dar si se convierte en un huésped de larga duración. El lugar que inicialmente iba a ser de silencio, descanso y regeneración espiritual se convierte en una especie de cárcel, y no hace falta ser un gran observador para ver que también la estancia le pesa a veces a la comunidad acogedora.

Reconciliado con sus propios fallos: Su abadiato no fue un gran éxito y sabía que antes o después llegaría a su fin. Pero la vida sigue. La comunidad tiene un nuevo superior y el abad emérito vuelve a su antiguo lugar de profesión. Hace todo lo que se le pide y lleva la vida regular de la comunidad.

Ahora, puede que incluso más de lo que lo fue durante su abadiato, es una de las columnas de la comunidad.

Hasta hace algunas décadas los abades eméritos eran una rareza, y la mayor parte eran tan mayores o estaban tan enfermos que simplemente se preparaban para la muerte. Con los avances médicos y los desarrollos de nuestras Constituciones esto ha cambiado. Ninguno de nosotros puede contar con morir en el cargo y es bueno darse cuenta de esto. Quisiera proponer que nos aproximáramos al tema desde tres perspectivas: 1) el propio abad como *resignaturus*, como alguien que se acerca a su propia resignación; 2) el sucesor que tiene que vivir con su predecesor o predecesores, y 3) el abad presidente y el papel que juega en todo esto.

A. El futuro emérito: *mortem cotidie ante oculos suspectam habere*

Esta cita de la Regla, inicialmente propuesta un poco como broma, me ha calado en su significado más profundo. Siendo alguien que fue elegido abad vitalicio con 35 años, desde el principio tuve la impresión de que no debía precipitarme. Con el paso de los años he aprendido lo caro que es el tiempo, y lo limitado del mismo.

Creo que podemos prepararnos para el final de nuestro abadiato. El camino más habitual de esta preparación implica considerar la dimisión y hacer preparativos en materia de espacios y privilegios. Pero la preparación verdadera y principal consiste en prepararse espiritualmente para vaciarse de uno mismo. Así, el abad que va a dimitir ha de prepararse para una vida sin llaves del coche y puede que sin tarjeta de crédito y sin disponibilidad financiera. Ha de prepararse a una vida en la que no siempre se recibe lo que uno merece. El sucesor probablemente no le consultará en el Consejo o al menos no en la medida en que lo pueda considerar. Se terminarán proyectos que el ahora emérito comenzó y se olvidarán de invitarle a la conclusión.

La gran oportunidad está en poder convertirse de nuevo en un hermano más. Aunque puede que eso no sea tan fácil como inicialmente pensaba. Algunos hermanos estarán resentidos con el emérito, y las decisiones y heridas de los 8, 12 o 26 años de su abadiato pesan más en cada uno de lo que inicialmente se había pensado.

Por eso pienso que es bueno marcharse al menos por un año, no simplemente de vacaciones. El neo-emérito debe cuidar su salud y hacer ejercicios espirituales de forma disciplinada.

Una cosa que estoy convencido que ayuda desde el primer día del abadiato es esta: hay que ser más que simplemente el abad. Hay que caminar en cuerpo y alma hacia aquello que nos hace ser buenos abades. Lecturas, cultura, deportes, amigos, todo lo que ayuda a que los dones y capacidades humanas crezcan. El que solo ha sido abad y lo ha sido al 150% cae en un profundo y oscuro agujero cuando ya no ejerce el abadiato.

B. El sucesor: *abbas consideret infirmitates indigentium.*

El sucesor debe mantener un delicado equilibrio entre firmeza y determinación. Hace falta determinación porque puede ser que los demás hermanos piensen que ha llegado el momento para ajustar cuentas. El emérito debería disfrutar en ese caso de un tiempo fuera de la comunidad. En mi opinión debería ser él mismo el que decida dónde y cómo quiere disfrutar de ese tiempo. Por otro lado, hace falta firmeza pues los abades eméritos pueden caer en un sentimentalismo inicial que les lleva a tomar decisiones de las que uno se lamenta luego. ¿Acompaña el abad emérito al nuevo abad en las procesiones comunitarias? Esto no es baladí. ¿Asperja él en ausencia del abad o deja esto al prior? ¿Deben dejársele ciertas responsabilidades, no porque se las haya asignado el abad, sino porque el emérito haya decidido reservárselas desde el principio? ¿Lleva pectoral, usa mitra, acude

a las reuniones capitulares? Para muchas de estas preguntas hay que determinar líneas de actuación que sean útiles. Si existen, el sucesor debe ser claro y firme para evitar crear confusiones y establecer costumbres que luego durarán.

Siempre existe la tentación de culpar de todo lo que no funciona al antiguo régimen. Si algo es bueno, es que yo lo he hecho. Pronto se dará cuenta el nuevo abad de que es una falacia. Es signo de magnanimidad evitar estos repartos de culpas.

Pide consejo a tu predecesor. A muchos sucesores les cuesta trabajo, pero si se hace bien alegrará mucho al emérito.

Pensemos en la regla de oro: trata a tu predecesor como querías que trataran a ti en el futuro.

C. Para concluir: El abad presidente: *multorum servire moribus*

El abad presidente es más importante de lo que muchos piensan. Verdaderamente es parte del final del abadiato del emérito: a través de la presidencia de la elección, a través de la aceptación de la renuncia o cuando el abad le expresa que piensa que ya ha llegado el momento. Transiciones mal acompañadas pueden dejar profundas heridas no sólo en el antiguo abad o en el nuevo, sino en toda la comunidad. Aquí el abad presidente tiene una importante tarea que desempeñar.

En el ajetreo y la intranquilidad que un cambio de abad comporta, a veces se olvida el dar las gracias a quien deja el cargo. Si esto se hace además con mala voluntad, seguro que el emérito se da cuenta. En caso de transiciones así hay más causas para que el abad presidente tome la palabra y en alguna ocasión aproveche para ensalzar al predecesor y así encauce las cosas por el buen camino.

Los nuevos abades carecen de experiencia. Por eso algunos consejos para la transición con el predecesor pueden ser muy útiles. Si se trata de una comunidad pequeña que no puede hallar un espacio para un abad emérito, el abad presidente puede hallar para el emérito algún lugar de reposo tranquilo en la congregación donde lamerse las heridas o donde desarrollar sus talentos. Nuestra congregación suele encargar al abad presidente mediar en los casos en los que la relación entre el emérito y su sucesor se hace difícil.

Pienso que el abad presidente debería ayudar también formulando normas claras para la transición con los eméritos: lugar en el coro y en la mesa, derechos capitulares, participación en elecciones, insignias, posibilidad de un tiempo sabático etc. Todo esto es más fácil si la congregación tiene una regulación común. En nuestra congregación esto se llevó a cabo en 2006 y ha sido muy beneficioso.

Queridos hermanos, creo que tenemos suficiente material para hablar. Y no olvidemos una frase: *nostra res agitur*.